

Ciervos: animales en busca de sabiduría

Miguel Ángel Blanco instala parte de su monumental Biblioteca del Bosque en el Museo del Romanticismo. Las salas cobran un nuevo sentido con su colección de materiales naturales

Por Javier Maderuelo

EN SU LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA, el hombre se hizo cazador, y en el periodo mítico de la humanidad se instituyó una deidad, Artemisa en Grecia y Diana en Roma, en la que honrar la caza como una actividad noble propia de príncipes y reyes. Quienes cazan solo tienen ojos para rastrear la codiciada presa, pero aquellos nobles más sedentarios que disfrutaban con artes de salón como la pintura reclamaron a los artistas cuadros de escenas de caza, en los que contemplar cómo los fieros animales salvajes eran acorralados por las jaurías y acosados por los cazadores. Estas escenas reclamaron una atención a la representación de bosques y montañas por parte de los pintores, siendo esta una de las vías para empezar a interesarse por el paisaje como género artístico. La pintura de paisaje alcanzó su máxima expresión en el Romanticismo; sin embargo, este es un género que tardó en ser apreciado y comprendido en España, a pesar de ser un país cuyos reyes y nobles eran grandes aficionados a la caza.

En estas breves palabras se pueden resumir algunos de los argumentos que han conducido a Miguel Ángel Blanco (Madrid, 1958) a proponer y realizar una singular exposición en el Museo Nacional del Romanticismo, en la que dialogan algunas piezas de este museo (espejos, grabados, litofanías, álbumes) con ocho obras suyas —siete han sido realizadas expresamente para esta muestra— que forman parte de su monumental Biblioteca del Bosque.

El patrón de los cazadores cristianos es san Huberto, quien, al perseguir a un ciervo, este se volvió, le miró a los ojos y le mostró un crucifijo que portaba entre su cornamenta. Este tipo de alegorías son reinterpretadas por Miguel Ángel Blanco para construir una especie de relicarios, cargados de referencias metafóricas, que ha realizado con diferentes materiales —puntas y fragmentos de astas de cérvidos, líquenes, raíces, limaduras de mica y otros elementos naturales— con los que el artista construye unos libros-caja de indudable sentido alegórico.

yándose en los atributos de los ciervos, que la mitología popular ha interpretado como animales que persiguen la sabiduría.

La Biblioteca del Bosque está formada por más de 1.150 libros de artista configurados como *collages* o *assemblages* de objetos y materiales recolectados en lugares muy determinados que condensan una fuerte carga emocional y alegórica. En estos libros sin palabras se recrean fragmentos de paisaje y momentos de la “his-



Vista de *El aura de los ciervos*. Foto: Pablo Lines

toria natural”. El poder de sugerencia de estas obras radica en buena medida en los elementos seleccionados y en la manera en que han sido dispuestos y relacionados entre sí en cada uno de los libros para activar la imaginación de quienes los contemplan, pero también se puede apreciar un nuevo interés de estos libros en el diálogo que establecen con el resto de las obras del museo y con el propio espacio de exposición, presidido por un

conjunto de vacías metopas para exhibir taxidermias y por una montaña de cornamentas, en el que se puede escuchar una berrea de apareamiento. El conjunto aporta un nuevo sentido al espacio romántico de la sala gracias al posmoderno arte de la instalación. •

Miguel Ángel Blanco. *El aura de los ciervos*. Museo Nacional del Romanticismo. San Mateo, 13. Madrid. Hasta el 1 de marzo.

más introspectivo, se define en la idea de acumulación tan pertinente en su trabajo, reuniendo las 40 reproducciones del interior y exterior del inmueble de Álvaro Siza, pertenecientes a *Archivo Santiago. School of Journalism*. Contundente observación de este edificio despedazado mediante perspectivas inusuales, con ángulos y encuadres esencialmente pictóricos; pequeños marcos-lucernario que revelan lo que no se puede atrapar pero sí perseguir. Completa el recorrido una interesante sucesión de piezas de papel —entre los ochenta y el 2000—, destacando los trabajos de manchas de colores condensadas y pautadas con su característica forma de rejilla, utilizada como intermediario y también puntal de su edificación fotográfica. Sin duda una oportunidad para atrapar al espectador y continuar reflexionando. •

Günther Förg. *Verfolgen Malerei*. Fundación Luis Seoane. San Francisco, 27. A Coruña. Hasta el 1 de febrero.

Falla y su alma flamenca

Por Fermín Lobatón

EXISTEN MÚSICAS que ocupan un lugar privilegiado en la memoria, grabadas de forma especial en ella. Sucede con algunas danzas de *El sombrero de tres picos* y muchos pasajes de *El amor brujo* o de *La vida breve*, composiciones de Manuel de Falla que son identificables de manera inmediata cuando se escuchan. El guitarrista flamenco Juan Manuel Cañizares ha transcrito e interpretado para guitarra piezas de las tres obras, más otras creadas para piano o extraídas de la *suite Homenajes*. El conjunto se reúne en una singular trilogía sobre las *composiciones* del autor gaditano, un trabajo que el guitarrista define como un “magnífico viaje. Una extraordinaria aventura”.

Cualquiera de las piezas transcritas, en su mayoría compuestas originalmente para orquestas, se escuchan ahora interpretadas por guitarras, pero siguen siendo perfectamente reconocibles, conservan su aire y su tonalidad sin desvirtuarlas, añadiéndoles, tal vez, una ligereza nueva y cierto intimismo. Cañizares afirma que, para respetar los registros originales, modificó su guitarra flamenca, cambiando la cuarta, quinta y sexta



Juan Manuel Cañizares.

cuerda por las graves de una de diez cuerdas. Para mantener el mayor número de voces posibles, ha llegado a necesitar hasta cuatro guitarras en la grabación de determinadas piezas, como la “Danza final” de *El sombrero de tres picos*.

No es la primera vez que la obra de Manuel de Falla ha sido transcrita para el instrumento de seis cuerdas. La diferencia de este trabajo con los anteriores estaría en el deseo de su autor de “destacar, sobre todo, la esencia flamenca” de esa música. Cañizares declara que, de todas las obras que ha reunido en esos tres discos, *El amor brujo* es la que acoge más sonoridades flamenca: “En ella emergen cadencias andaluzas y melismas que los cantaores suelen interpretar en sus cantos”.

La historia de este guitarrista con las transcripciones comenzó en 1991, cuando Paco de Lucía le encargó algunas piezas de la *suite Iberia*, de Isaac Albéniz, para completar su disco del *Concierto de Aranjuez*, de Joaquín Rodrigo. La experiencia resultó apasionante, y en 2007 inicia la serie *... por Cañizares*, que cuenta ya con seis títulos. El ciclo se completa con la *suite Goyescas*, de Granados (2012), y esta trilogía de Manuel de Falla, compositor que el guitarrista desea seguir investigando y sobre el que anuncia que espera poder presentar más obras en un futuro. •

Falla por Cañizares. Volumen 1: *El sombrero de tres picos*. Volumen 2: *La vida breve*. Volumen 3: *El amor brujo*. JMC Music Productions.

Juego de opuestos

Por Chus Martínez Domínguez

POR PRIMERA VEZ desde el fallecimiento de Günther Förg (Füssen, 1952-Friburgo de Brisgovia, 2013), se reúne su obra en una monografía. Sus trabajos se presentan en la Fundación Luis Seoane con una sobria exposición, apoyada en la dualidad pictórica y fotográfica que caracterizó su intensa producción, y reconocida en un montaje donde las piezas se presentan como opuestos temporales y metafóricos de una misma imagen: ambientes naturales y espacios arquitectónicos. La claridad con la que Förg enlazó ambas disciplinas se evidencia en las superficies del conjunto presentado —pinturas y fotografías datadas entre 1986 y 2007 procedentes fundamentalmente de

colecciones privadas de Portugal y España—, dando cuenta de su carácter transversal y comprometido con las limitaciones formales. En 2004 el artista realizó la reconocida serie fotográfica *School of Journalism-Parque de Bonaval*, empleada en esta muestra para articular dispositivos diferenciados que generan un discurso nada previsible en relación con el espacio de las salas de la fundación. El primer conjunto abre el recorrido añadiendo un intenso flujo de reverberaciones cromáticas y lumínicas, formado por tres fotografías de paisajes de gran tamaño a las que se suman siete pinturas de los años ochenta y noventa, proponiendo un juego de texturas con colores de gran transparencia y vivacidad junto a un lienzo de 2007 que evidencia el paso al acopio de manchas. El segundo módulo,